gion como para la Patria. Es menester que todo el mundo tome parte en ella.

Que la Santísima Vírgen, á quien nuestra patria está consagrada, se digne conservarnos la fe y preservar á esta nacion que le es tan querida, de la invasion de los bárbaros. (1)

(1) Las palabras que el Illmo. autor aplica á la nacion francesa, las podemos mudar aplicándolas nosotros respectivamente á México.

ADVERTENCIA

QUE DEBE LEERSE.

A fin de que no se forme un concepto potro, en lo que voy á decir, escuchad, lector amigo, una explicacion importantísima.

Con ocasion de la escuela, nos verémos obligados á hablar de la *Revolucion*, y de los *Revolucionarios*. Ahora bien, por cada diez padres de familia tomados al acaso, hay once que no dudan lo que es eso. Las tres cuartas partes de los diarios ensalzan los beneficios de la Revolucion (como que están pagados para esto) y no hablan de ella sino con admiracion; desde luego la mayor parte de los lectores se llaman á sí mismos con satisfaccion, *revolucionarios*. Para ellos ser revolucionarios es querer el bien y la felicidad del pueblo, el bienestar del obrero, el

progreso de la instruccion, es declararse altamente el adversario de los abusos del antiguo régimen, y de todo lo que es contrario á los derechos y á la libertad de todos.

Si esto fuera la revolucion, ¿quién seria el hombre que osara, ó pudiera no ser revolucionario?

"*Pero la revolucion es absolutamente una cosa muy distinta.*"—Ved aquí lo que ella es, por más que digan los coriféos de la mala prensa.

En política, la palabra *revolucion*, quiere decir trastorno completo; lo de arriba abajo, pies-arriba. Una revolucion, en la sociedad, es un cambio *radical*, que pone abajo lo que estaba arriba, y arriba lo que estaba abajo.

Y bien, para que una sociedad marche en órden, ¿qué es lo que ha de estar arriba, los pies ó la cabeza?

La cabeza de la sociedad, es decir, el que está encargado de conducir, de dirigir la sociedad, es, ante todo, el Soberano Señor de la sociedad, Dios; mas como Dios no hace esto personalmente y por sí mismo, confia su autoridad á los hombres. Por esto, y solo por esto, esos hombres, depositarios de la autoridad del Soberano Señor de los pueblos, son las legítimas cabezas de estos. Obedecerles es obedecer al

mismo Dios; rebelarse contra ellos, es rebelarse contra Dios.

Pero en toda sociedad organizada, hay dos especies de cabezas legítimas: las cabezas religiosas ó espiritrales y las cabezas temporales ó civiles. Las primeras están encargadas de enseñar la verdad y la justicia *á todos los hombres*, tanto á los que son cabezas temporales, como á los otros: esas son las cabezas de la Iglesia, es el Papa, son los Obispos y los Sacerdotes.

La Revolucion es el trastorno de todo este órden. Es la rebelion de los piés y de los otros miembros contra la cabeza. Es la sociedad que dice á Dios; "Ya no te necesito; ya no quiero tu enseñanza, ni tu direccion religiosa. Ya no quiero ser cristiano. Ya no quiero otro Dios que yo mismo, ni otra ley que mi voluntad, la voluntad nacional." De suerte que la Revolucion, en el fondo, no es más que la gran rebelion de la sociedad contra Dios y su Iglesia; es esa rebelion erigida en principio, en ley fundamental de la sociedad.

La Revolucion se constituye por fuerza, y en todas partes, la enemiga de la Iglesia, substituye la fuerza al derecho; la voluntad del pueblo á la santa y saludable voluntad de Dios. El principio de la Revolucion es lo opuesto al prin-

cipio de la Iglesia, es el estado que ya no cuenta para nada con Dios, y que se coloca en su lugar.

Así es que NO SE PUEDE SER *en conciencia* REVOLUCIONARIO CATOLICO.

Todo hombre que, en un grado cualquiera acepta el principio impío de la Revolucion, es un *revolucionario*; que vista levita negra ó *blusa*; que esté arriba ó que esté abajo; que comprenda ó nó, su error. La mayor parte de los que se dicen *revolucionarios*, lo son por ignorancia ó por interés. El número de los verdaderos revolucionarios, que saben lo que quieren, que saben lo que hacen, es mucho más corto de lo que se cree.

Una palabra más. Es necesario no confundir "la Revolucion," de que aquí hablamos, con la revolucion francesa de 1789. La Revolucion es eun sistma, un principio social; y la Revolucion francesa es simplemente un hecho histórico, fruto de la Revolucion, aplicacion de los principios revolucionarios.

Bien entendido esto, entremos en materia.

LA ESCUELA SIN DIOS.

I.

ESTADO DE LA CUESTION.

Su extraordinaria importancia.

La cuestion, sobre la que quisiera arrojar aquí un poco de luz para hacerla comprender bien á los padres de familia, se resumen en esto:

¿La escuela á donde enviamos á nuestros tiernos hijos á recibir la instruccion elemental, ha de ser cristiana y ayudar así á la Iglesia á formar cristianos, ó bien no ha de acuparse en manera alguna de la Religion, y dejar ese cuidado exclusivamente al Sacerdote y á los padres de familia?

¿Debe ser cristiana la escuela, ó ha de ser sin religion?—¿Dónde está la solucion del problema?